

—¿Y se niega V. E. á una cosa tan sencilla?—preguntó el criado al duquecito.

—Mira tú—repuso el padre sin dar lugar á que don Eduardo respondiese—una cosa que nada le cuesta... que él mismo debería desearla para salir de incertidumbre. Y luego viene diciendo que le mando un imposible, cuando ni siquiera se lo he mandado, pues le he rogado únicamente que hiciera la visita en cuestion y se la agradecería como un singular favor. ¿Es esto mandar? ¿Es mandar imposibles? ¿Es exigir sacrificios?

—El señor duque tiene razon, señorito—dijo el buen Ambrosio afanoso por reconciliar á sus amos.—¿Porqué no tiene V. E. una esplicacion con la marquesita? Es el medio mas seguro de saber positivamente si es usted amado.

—No necesito cometer semejantes humillaciones—objeté con gravedad don Eduardo—para saber que la marquesita no es digna de mi amor.... que ni ella me ama á mí ni yo á ella..... que tributa su afecto á otro amante.... así como tiene mi corazon otro objeto á quien ha consagrado eterna fidelidad.

—¡Eduardo!—gritó iracundo el duque de la Azucena.

—Yo callaba—dijo el duquecito—para evitar á usted un disgusto; pero se me ostiga de modo que no me es ya posible ocultar los poderosos motivos que tengo para no visitar mas á la marquesita.

—Pues bien—repuso el duque—toda vez que rogando como un amigo, pidiendo por favor como un subordinado, suplicando cariñosamente nada he conseguido, hora es ya de que cese todo linaje de contemplaciones.

—Señor duque—interrumpió con recelo el honrado Ambrosio—por piedad...

—No hay piedad que valga—dijo con creciente enojo el duque.—No la merece quien tan ingrato se muestra á mis beneficios.

—Pero...

—No intercedas por él... Ya ves que cuantas mas consideraciones le prodigo, menos dispuesto se muestra á obedecerme; cuanto con mayor cariño le trato mas se me insolenta en el modo altanero de espresarse. ¿Qué buen hijo habla á su padre con esa arrogancia insufrible?

—No es arrogancia, padre—replicó don Eduardo con humildad;—es franqueza... es una sinceridad indispensable en estos criticos momentos. Yo

no debo engañar á usted, y le engañaría atrocamente si me sujetára á los deseos de usted.

— Mis deseos no son ya meros deseos, Eduardo — repuso con imperio el duque — son desde ahora solemnes mandatos, que vá usted á obedecer sin dilacion. Esta misma noche vendrá usted conmigo al palacio de la marquesa de Verde-Rama.

— Iré si usted me lo manda.

— Si señor, lo mando terminantemente.

— Está bien, obedeceré sumiso; pero no me culpe usted después si mi visita ocasiona un escándalo.

— Usted se guardará muy bien de no portarse cual corresponde á una persona de educacion.

— Justificaré mi conducta.

— Elisa justificará la suya.

— Haré ver en presencia de su madre que es una jóven veleidosa, una coqueta casquivana, indigna de mi amor.

— No bastarán tus palabras, ni te atreverás á proferirlas sin pruebas que las apoyen.

— Esas pruebas están en mi poder.

— ¡ En tu poder!

— Lea usted.

Don Eduardo entregó al duque la carta de Elisa que el conde del Llano acababa de confiarle.

El duque la leyó con avidez, y repitió su lectura temblando convulsivamente.

La espresion de sus desencajados ojos era misteriosa, la siniestra sonrisa que contraia sus lábios lanzaba destellos de una sospecha infernal.

— ¡ Ira de Dios! — murmuró arrojando al rostro de su hijo la fatal carta. — Todo lo comprendo, y te juro que sabré castigar tan villana supercheria.

— ¡ Padre! — exclamó don Eduardo recogiendo el funesto papel.

— Calla, miserable... — gritó con mas furor el duque.

El honrado Ambrosio temblaba de miedo mas que de vejez, é interponiéndose entre padre é hijo, tartamudeó en ademan de súplica:

— Don Eduardo... y V. E., señor duque...

—Quita de ahí —replicó iracundo el duque sin permitir que el buen criado concluyese la frase. —No me hables en tu vida de ese malvado.

— ¡Padre!

— ¡Señor!

Estas exclamaciones que hicieron á un tiempo el duquecito y Ambrosio, fueron proferidas con indignacion y asombro. El jóven virtuoso que no tenia un solo defecto que empañase el blason de sus virtudes, acababa de ser calificado de malvado por su propio padre.

— ¡Malvado! — repitió con dolorosa expresion don Eduardo. — Sí..... es verdad... soy hijo del crimen... Estoy maldito de Dios...

— Sí, —gritó á manera de energúmeno el insensato duque— estás maldito de Dios porque ultrajas á la virtud de un modo villano y soez. ¿Habeis creido que caeria en el lazo? ¡Vive Dios que tienes amigos que te honran! Pero no habeis logrado fascinarme con vuestra diabólica invencion. Hace tiempo que tengo noticias del singular talento del conde del Llano para urdir infernales intrigas; pero tiene que habérselas con quien tambien ha sido tronera en su juventud. La carta ha sido muy bien fraguada... Ahora comprendo la escena de anoche... las miradas significativas que Elisa y el conde se cruzaban..... Todo es una farsa inventada para vencerme, y esto me empeña mas y mas á no ceder, y hacer que sea respetada mi voluntad. Eduardo, no olvide usted lo que le he mandado hace poco: prepárese usted á ir esta noche á casa de la marquesa.

— No iré, señor — respondió con resolucion el duquecito.

— Su padre de usted se lo manda.

— No tengo padre.

— ¡Que no tiene usted padre! Pues bien le halla usted para desgarrar su corazon.

— El que califica de malvado á su propio hijo..... no tiene corazon de padre.....

— Y el hijo que se insolenta contra su padre es además de malvado, un mónstruo.

Las severas palabras que el duque lanzaba á su hijo, prueban que estaba ya fuera de sí de cólera.

— Esto es insufrible — exclamó llorando el viejo Ambrosio. — Si vuecencias no tratan de avenirse, me voy de esta casa.

—¿Y dónde irás infeliz?— preguntó el duque al pobre anciano, como queriendo echarle en cara su nulidad.

—A mendigar por las calles—respondió Ambrosio.

—Yo iré contigo, buen Ambrosio—dijo entre sollozos don Eduardo.— Soy jóven y puedo trabajar para mantenerme. Tú me hablarás de mi madre, y por desastroso que sea nuestro destino, podremos soportarle con resignacion hablando siempre de mi adorada madre.

El viejo y don Eduardo se abrazaron estrechamente y vertieron copiosísimo llanto. El duque de la Azucena les contemplaba sonriéndose con feroz amargura, y después de un largo silencio, aproximóse al virtuoso anciano y le dijo profundamente afectado:

—¡Tambien tú contra mí!

—Yo no puedo presenciar estas escenas, señor duque—respondió Ambrosio—y si no se restablece la paz en esta casa, quiero huir de ella. V. E. acaba de hacer en mi corazon una herida muy honda, que tal vez me llevará al sepulcro.

—¡Yo!

—¡Malvado el señorito! ¿Cómo ha tenido V. E. valor para dirigirle tan horrenda calumnia?

—Ambrosio ¿tambien tú osas faltarme al respeto?

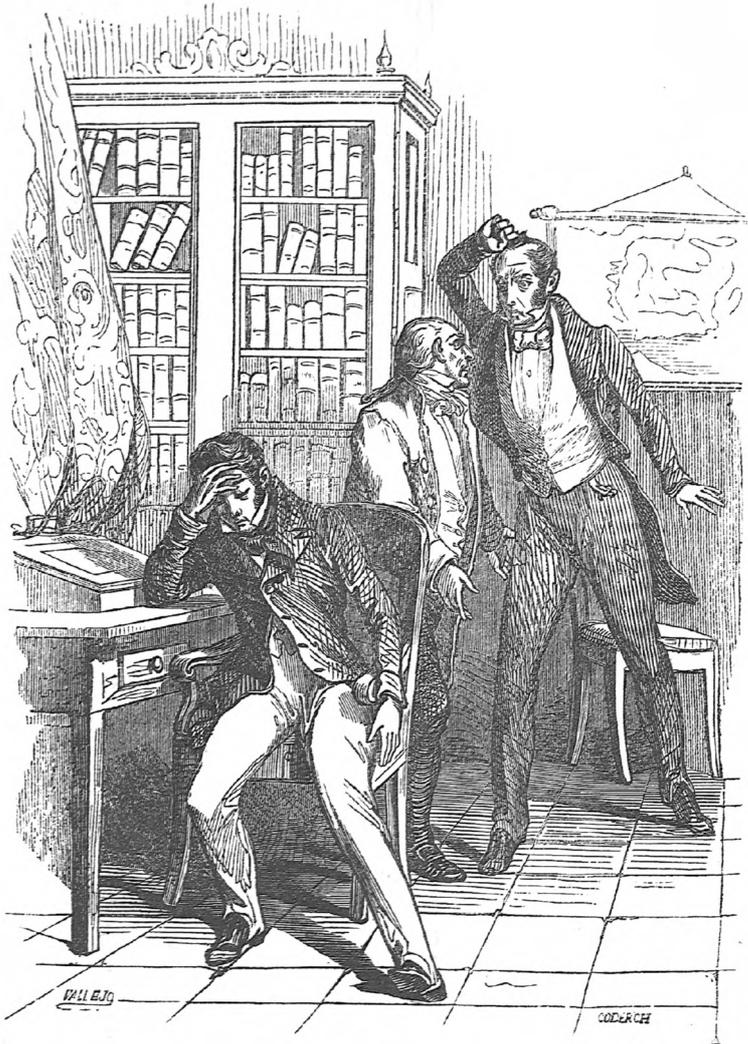
—Defiendo á la virtud injustamente ultrajada.

—¿Y á qué llamas virtud? ¿A la criminal conducta de un hijo desnaturalizado que hace mofa y escarnio de la autoridad paterna? ¿qué dictado merece el que se revela contra su padre, y unido en vergonzosos lazos con otro miserable libertino como él, urde una trama horrenda, no solo para amancillar el honor de una inocente niña, sino para engañar á su padre en los momentos en que este padre tierno y amoroso se afana por proporcionar al ingrato una brillante posicion, un porvenir dichoso y bajo todos conceptos envidiable? ¡Y tú defiendes sus locuras! ¿Quieres saber cuáles son las villanas intenciones de Eduardo? Voy á decírtelas para que te ruborices de la proteccion que le dispensas. Eduardo calumnia á la marquesita porque es él quien alimenta un amor degradante.

—¡Señor duque!—interrumpió con indignacion el duquecito.

—¡Silencio!—gritó el duque.—Nadie aquí le dirige á usted la palabra.





La Bruja de Madrid, por D. W. Ayguats de Izco.

—Se ataca mi honor... se vilipendia á la jóven á quien amo, y debo responder, ya que por ser quien es la persona que tales denuestos me dirige no puedo hacer otra cosa.

—Repito á usted que calle —esclamó con energía el duque.

—Seria preciso que se me arrancase la lengua para que guardase silencio en este instante —repuso don Eduardo con vehemente expresion. —Es preciso, señor, que sepa usted la verdad. Nunca he tenido yo relaciones con el conde del Llano. Esta mañana ha venido á desafiarme creyéndome su rival, y para probarme que Elisa le ama, me ha entregado la carta que ha leído usted hace poco. Yo le he asegurado que no amaba á la marquesita, por ser así en efecto, y mi contestacion le ha tranquilizado y dejado enteramente satisfecho. Me ha confiado la carta de Elisa para que usted se desengañase, y me ha hecho esta fineza con la condicion de que ni yo ni usted abusariamos de tan delicada confianza. Esta es la pura verdad, este el poderoso motivo que tengo para no ver mas á Elisa.

—¿Lo oye V. E., señor duque? —esclamó Ambrosio creyendo de buena fé que la esplicacion de don Eduardo debia satisfacer á su padre.

—Oigo en efecto las lindezas de ese jóven... —repuso el duque irónicamente. —Las disculpas están bien estudiadas; pero resulta de ellas que se han destruido todas mis ilusiones.

—No es mia la culpa —dijo respetuosamente don Eduardo.

—Añada usted ahora el escarnio á sus demasias, —continuó el inexorable duque. —Diga usted que es inocente, después de haber cometido la groseria de dar un desaire inaudito á personas dignas por todos conceptos de respeto y veneracion. Diga usted que es inocente, después de abandonar un partido á todas luces brillante y ventajoso, para envilecerse con los amores de una mozuela despreciable.

—Señor duque —repuso don Eduardo como fuera de sí —le he tolerado á usted cuantos insultos ha querido prodigarme; pero no consentiré que nadie ultraje á una pobre niña que es el emblema del candor y de la inocencia.

—Y á quien ama usted como un loco.

—Es verdad... la amo con frenesí... la adoro con la misma idolatría que á mi madre.

—Esto no puede ya tolerarse —gritó con ademanes convulsivos el duque. —*Huya usted de mi presencia.*

—¡ Señor! — murmuró Ambrosio llorando amargamente.

—Dejadme solo — continuó como un furioso el duque. — Huya para siempre de mi presencia ese hijo desnaturalizado... Él lo ha dicho antes... está maldito de Dios... maldito, sí... y Dios me da el ejemplo. Arrojad de mi palacio al hijo del crimen... yo le maldigo también.

— ¡ Madre! ¡ madre mia!... — exclamó don Eduardo, y dejándose caer sobre una silla, vertió un torrente de lágrimas.

Sepulcral silencio siguió á esta escena de espanto.

El llanto que habia derramado con tanta abundancia don Eduardo alivió su oprimido corazón. Levantóse de repente y se dirigió á su cuarto.

Ambrosio hubiera querido seguirle; pero no se atrevió á dejar solo al duque temiendo que le acometiese el habitual acceso de epilepsia que tantas veces habia puesto en peligro la existencia del orgulloso aristócrata.





CAPITULO XVI.

EL ARREPENTIMIENTO.

Heureux qui satisfait de son humble fortune,
Libre du joug superbe où je suis attaché.
Vit dans l'état obscur où les dieux l'ont caché.
RACINE.

Quo plus sunt pote, plus sitiuntur aquæ cresat
amor numini, quantum ipsa pecunia crescit.
OVIDIO.

Habianse deslizado algunos minutos desde que estaban solos en el salon el duque de la Azucena y su antiguo y honrado sirviente Ambrosio.

El duque, sentado junto á una mesa, acodóse en ella ocultando su rostro entre las palmas. Separado algunos pasos de él, el fiel criado le contemplaba con marcado interés, si bien con desagrado, y una lágrima que rodaba por uno de los surcos que la vejez habia hecho en sus megillas, revelaba la terrible angustia de su corazon.

De vez en cuando todo el cuerpo del duque se agitaba en ligeros estre-

mecimientos; pero fué tan recio y prolongado uno de ellos, que sobresaltado el anciano sirviente, desapareció con la ligereza de un jóven, y no tardó cinco segundos en volver con un plato que contenia un pomo de oro, una cuchara del mismo metal, y un vaso con agua hasta la mitad.

—¡ Señor! — tartamudeó Ambrosio.

—¿ Quién me llama? — preguntó azorado el duque como despertando de un sueño espantoso.

— Soy yo — dijo Ambrosio en tono de compasion.

— Eres tú... y me hablas con acento cariñoso... Sin duda fué todo una horrible pesadilla... ¿ Dónde está Eduardo?

— Estará tal vez en su gabinete.

— En efecto... siempre angustiosas pesadillas... Gracias por tu esmero, Ambrosio... Habrás oido mis voces... Hoy necesito mas que nunca esa bebida anti-espasmódica. Siento mi corazon tan adolorido... Dáme, dáme el vaso... Me abraso de sed... ¿ Por qué no le llenabas?

— Como nunca ha bebido usted mas que medio con una cucharada de esta medicina...

— A ella debo mi salvacion. ¡ Me produce siempre tan buen efecto!... Dámela.

Ambrosio llenó la cuchara del elixir que contenia el pomo de oro, y después de verterle en el vaso y mezclarle bien con el agua, presentóle al duque, que bebió con avidez aquel remedio, con el cual, siempre que se sentia amagos de epilepsia lograba evitar el terrible accidente que solia acometerle cuando tenia alguna grave desazon.

— Dáme mas, Ambrosio.

— ¿ No podrá hacerle á usted daño?

— No... El delirio que acabo de sufrir ha sido horroroso... Me ha afectado como si hubiera sido una funesta realidad... Tal vez habrás oido tú mis abominables palabras... ¡ He maldecido á mi hijo!

— Ahora beba usted — dijo Ambrosio que habia preparado ya otro medio vaso de agua con el prodigioso elixir.

El duque bebió de nuevo con febril ansiedad, y sonriéndose dijo afectuosamente al criado:

— Deja todo eso en la mesa, y siéntate á mi lado. Quiero contarte el acceso de mi delirio... Ha sido espantoso... Aun me hace estremecer su re-

cuerto... porque ¿lo creyeras, Ambrosio? le tengo tan presente, que estoy dudando si ha sido sueño ó realidad.

— Ambrosio tomó asiento junto á su amo, pareciéndole que podría sacar algun partido ventajoso del estado en que sé hallaba el duque, y este prosiguió :

—Estábais los dos aquí, amigo mio, tú y Eduardo. Ambos os habíais conjurado para atormentarme; pero particularmente mi hijo se ha insolentado en términos de faltarme al respeto de una manera inaudita. De acuerdo con cierto libertino de profesion, habia urdido una trama horrenda para estorbar el proyecto de los dos enlaces, y á consecuencia de esta diabólica intriga me ha presentado Eduardo una carta de Elisa dirigida al libertino en cuestion, en la cual se le dá una amorosa cita, declarando que le ama y que aborrece á mi hijo. No entraré en los minuciosos detalles de mi atroz pesadilla. Baste decir que después de una abominable lucha con mi propio hijo, he llevado mi severidad hasta el exceso de llamarle malvado y fulminar sobre su frente mi paternal maldicion. Lo peor de todo, Ambrosio, es que si no te viera ahora á mi lado cuidando afectuosamente de mi salud, creeria que todo esto no ha sido una escena fantástica, sino la pura verdad. Me parece que aun estoy viendo á Eduardo hacer alarde del amor que profesa á la hija de un miserable artista. ¡ Y tú defendias su insolencia! ¡ Tú abogabas en su favor!..... Y querias abandonarme..... huir de mí para siempre..... preferias mendigar tu subsistencia á vivir conmigo..... con tu antiguo compañero que no ha tenido mas afan que prodigarte beneficios. ¡ Qué ingratitud, Ambrosio..... qué ingratitud! Has sido muy cruel..... has desgarrado mi pecho.

El duque de la Azucena no pudo continuar. Sus lágrimas eran destellos de la amargura que experimentaba.

Al verle llorar, balbuceó Ambrosio entre sollozos :

—No, amo mio, no... yo no le abandonaré á usted jamás.

—Lo sé,— dijo conmovido el duque pasándose el pañuelo por los ojos.— La certeza que tengo de tu fidelidad... el verte ahora tan afanoso por hacerme recobrar la salud... hé aquí lo que me hace creer que todo ha sido un sueño. ¿No es verdad, amigo mio, que no ha ocurrido aquí nada que deba apesadumbrarme? Una pesadilla... y nada mas... ¿no es cierto?

El pobre anciano lloraba sin atinar á responder.

—¿Callas?— exclamó sobresaltado el duque.—Habla por piedad... Tus lágrimas y tu silencio me asesinan.

—¿Qué quiere usted que diga, señor?—repuso Ambrosio.—En el deplorable estado en que usted se encuentra, mis palabras pueden serle mas funestas que mi silencio.

—Esa objecion es suficiente para hacerme conocer la magnitud de mi desgracia; sin embargo, Ambrosio, ahora que el elixir que acabo de beber ha reanimado mi espíritu, ahora que la reflexion impera sobre los ímpetus de mi carácter violento, estoy dispuesto á escucharte con calma. No quiero que la mas leve incertidumbre prolongue mi ansiedad. Explícame sin reserva cuanto ocurre.

—Usted lo sabe mejor que yo, señor duque.

—¡Yo! ¿dónde está Eduardo?

—Ha salido hace poco de aquí... derramando lágrimas de desesperacion.

—¿Por qué?

—Su padre le arroja de su lado.

—¿Luego ha sido toda realidad?

—Al desgraciado jóven... abrumado bajo el peso de la paternal maldicion... no le queda ya en el mundo ningun amparo.

—Ha provocado mi cólera de una manera insolente.

—Yo no he notado esa insolencia.

—¿Pues cómo calificas la audacia con que hace gala de su loco amor?

—La califico de sinceridad, señor duque. Si efectivamente está enamorado de una niña virtuosa, ¿debía ocultarlo á su padre solo porque la pobre niña es hija de un pintor?

—Debía tener presente la distancia que vá de la hija de un cualquiera á la de un título de Castilla.

—Un artista de mérito no es un cualquiera, señor duque; es un hombre que honra á su patria por su inteligencia, y si á este glorioso timbre añade acrisolados sentimientos de honor, ocupa en la sociedad tan buen sitio como el mas encopetado aristócrata.

—¿Dejará de ser plebeya su posicion?

—Yo no reconozco mas nobleza que la que es hija de las buenas acciones. Los hombres nacen iguales; el que mas se distingue por sus virtudes, aquel es mas noble á mi entender. Cada cual vé las cosas á su manera;

pero hay quien vé lo negro blanco, y Cristo con todos.

— Esa cuestion no es para tí. Yo sé lo que debo á mi decoro...

— ¿Y por qué olvidó usted ese deber en otro tiempo?

— No le he olvidado jamás.

— ¿Ni cuando sedujo usted á la pobre madre del señorito? — preguntó estraordinariamente conmovido el buen viejo.

— Aquello fué una locura, hija de mi inespereincia, y por lo mismo tuve que enmendarla cuando me apercibí de su gravedad. Precisamente por las amargas consecuencias que de aquel desvio estoy experimentando aun, de ningun modo pudiera aprobar nunca la conducta de Eduardo; conducta tanto mas estraña y criminal, cuanto que mediaban los compromisos que sabes, y estaba ya fijada la época de su casamiento con la hija de la marquesa de Verde-Rama.

— Pero si la marquesita no ama á don Eduardo...

— Todo eso es un embuste.

— El señorito no acostumbra á mentir.

— Eseptuando cuando le conviene. Eres muy cándido, Ambrosio, á pesar de tu avanzada edad.

— Mas vale ser cándido que cruel — dijo el viejo criado en tono de resentimiento.

— Te amostazas con mucha facilidad, amigo mio — repuso el duque sonriéndose.

— Me amostazo cuando se me quiere hacer ver lo blanco negro; pero afortunadamente nada importa que yo me enfade.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Que mis enojos no tienen consecuencia. ¿A quién ha de importar el buen humor ó el esplin de un sirviente? Mas vale así..... Hay personas que cuando se enfadan no reparan en labrar la desgracia de sus hijos.

— ¿Dices eso por mí?

— Sí señor, por usted lo digo... por usted que no quiere conocer la razon, y haciéndose insensible á la voz de la naturaleza, ha osado maldecir al mas virtuoso de los hijos. ¡Maldecir á un hijo! ¿Sabe usted lo que ha hecho? ¿Ha calculado usted los horribles resultados de esa infernal maldicion? ¡Culpa usted mi candidez y no se avergüenza de su inaudita crueldad!

— He sido provocado, Ambrosio.

— No hay provocación alguna que justifique semejante esceso.

— ¿Quieres aumentar mis tormentos?

— Quiero que sea usted razonable, que se reconcilie con su hijo, que apruebe su casamiento con la hija del pintor... y Cristo con todos.

— No tengo derecho á quejarme de tus demasías — dijo el duque arqueando las cejas y sonriéndose de una manera que descubría amargura.

— ¡ Demasías! — repuso Ambrosio.

— Lo son tus reconvenciones — prosiguió el duque; — pero yo te he excitado á que me hablastes con franqueza, te he prometido oírte con calma, y te cumpliré mi promesa para avergonzarte. Me llenas de improperios, tú que eres mi criado, y yo que soy tu amo, los escucho sin tomarlo á enojo. ¿ Dirás aun que no soy razonable? Nada me coge de sorpresa. Hace tiempo que te gozas en censurar todas mis acciones. Conforme vas entrando en la vejez vas empeorando de génio, y llevas ya tu arrogancia á un extremo que se hace cada dia mas insufrible.

— Para eso me dá usted ejemplo de moderación.

— Ya se vé que sí. ¿ Quién sino yo sufriria tus continuas impertinencias?

— Las verdades son siempre impertinencias para quien no quiere oír las.

— Son impertinencias los elogios que prodigas á un hijo que hace mofa de su padre. Son impertinencias esos consejos de que apruebe las locuras de mi hijo.

— Pues no las apruebe usted, y verá lo que resulta.

— ¿ Crees tú que no se enmendará Eduardo, después de la dolorosa escena que ha ocurrido?

— Cuando no se delinque no hay nada que enmendar.

— ¿ Pero habiendo presenciado mi justo enojo, no tratará de darme gusto en adelante?

— Siempre se ha manifestado sumiso á los deseos de usted.

— ¿ Eres de parecer que se allanará ahora á ellos?

— No cabe duda que se allanará.

— Si esto sucediera ¡ con cuánto placer le perdonaria los sinsabores que me ha causado! ¿ Crees que no tendrá dificultad en casarse con la marquesita?

— Estoy muy distante de creer eso.

— ¿Pues no decias ahora que se allanaria Eduardo á mis deseos?

— Los deseos de usted son de que el señorito huya para siempre de este palacio, si no quiere ser lanzado ignominiosamente de él por los lacayos. Del mismo modo se arrojó á la madre.

— ¡Ambrosio!

— Pero el hijo..... el pobre huérfano..... además de llevar en su frente el sello de la infamia.... llevará traspasado el corazon por la saeta de la maldicion paternal. Yo no le abandonaré... Él ha dicho que trabajaria para ganar la subsistencia de los dos... porque yo.... ¡pobre viejo!..... no sirvo ya para nada.

— ¿No os basta martirizarme con vuestras palabras, sino que aun que-
reis llevar las obras hasta el punto de abandonarme á mi dolor.... de causar un escándalo que me ocasione la muerte?

— Usted lo quiere así.... usted es quien nos arroja de su lado.

— Nada he dicho yo que pueda inducirte á separarte de mí.

— Ha maldecido usted á su hijo.

— Ha provocado mi cólera y estaba yo fuera de mí cuando he lanzado el furibundo grito de una maldicion sacrilega.

— Bueno es que conozca usted que ha sido sacrilego su proceder; pero ya es tarde.... su inocente hijo sufrirá las horribles consecuencias de la maldicion paternal.

— Me haces estremecer, Ambrosio — exclamó el duque profundamente afectado. — Yo no deseo á mi hijo desgracia alguna, y si en un frenético acceso de cólera, he cometido la torpeza de maldecirle, es porque estaba loco en aquel momento.... porque no sabia lo que me hacia.... Yo solo queria intimidarle para que se allanase á mis deseos.... porque todo mi afan es verle feliz.... proporcionarle una posicion la mas brillante en la sociedad....

— Pues ya ve usted que todo se ha perdido.... El heredero del duque de la Azucena (dirá todo Madrid) se ha convertido en un pobre huérfano. Ved-le ahí.... es ese pordiosero que mendiga trabajo para vivir....

— Calla, cruel Ambrosio, calla por Dios. Yo no quiero que mi hijo salga de casa. Dónde está Eduardo.... pronto, respóndeme.... ¿dónde está Eduardo? Hazle venir inmediatamente á mi presencia.

— Tal vez no será tiempo ya.

— ¿Por qué?

— Ha salido precipitadamente de aquí. Sus ademanes destellaban una intención siniestra....

— ¿Por qué no le has detenido?

— Ha obedecido los mandatos de su padre.... yo no debía oponerme á ellos.

— Ambrosio, por piedad, devuélveme á mi hijo.

— El duque pronunció estas palabras entre desgarradores sollozos.

— Sosiéguese usted, señor — balbuceó el criado no menos conmovido.

— Es imposible, no puedo tener sosiego sin ver á mi hijo.

— ¿Y para qué desea usted verle? ¿Para renovar las malditas disensiones que tantas lágrimas nos hacen derramar?

— No, Ambrosio, no. He cometido una falta espantosa, y no estaré tranquilo hasta enmendarla. ¡ Mi hijo ! ¡ Mi hijo !.... Quiero pedirle perdón, así como se lo pido á Dios de haber proferido una palabra sacrilega.

— Esa es ya otra cosa, señor duque — repuso con alegría el honrado viejo. — Voy en busca del señorito, que probablemente estará en su cuarto. Pero, disimule usted mi curiosidad, señor, ¿aprobará usted que don Eduardo se case con la honrada joven de quien está enamorado?

— Eso nunca — respondió muy resuelto el duque.

— Siendo así, de nada sirve que vaya en busca de don Eduardo.

— ¿Por qué?

— Porque no quiero presenciar otro escándalo.

— Presenciarás nuestra reconciliación.

— No cabe reconciliación si no desiste usted de su empeño.

— ¿No quieres ir en busca de Eduardo?

— No señor....

— Es la primera vez que me desobedeces, Ambrosio.

— Cumpló así con mi obligación.

— Iré yo mismo....

— ¿A repetirle que ha de casarse con la hija de la señora marquesa?

— No, Ambrosio.... á darle una satisfacción completa. Le diré que deseo siempre lo mismo; pero de ningún modo quiero que me abandone. Si se allana á mi voluntad me dará una nueva prueba de cariño. Si se muestra insensible á mis ruegos, desgarrará mi corazón; pero le dejaré en libertad de hacer lo que guste.

— Eso es, ahora procede usted como un verdadero padre, como un padre amoroso que desea la felicidad de su hijo.

— Su felicidad es imposible si se empeña en casarse con una mujer que por ningun concepto le corresponde.

— ¿Quién sabe? Hay mucho que hablar sobre esto y el momento no es oportuno para entrar en discusion. Además, yo me lisonjeo de conocer muy á fondo el corazon del señorito, y me atrevo á esperar que lo que no se lograría de él con violencia, ha de alcanzarse si se le hiere en su fibra mas delicada, en la de la generosidad.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Que él no cede á nadie cuando se trata de acciones generosas, y no estrañaría que el noble comportamiento de usted le indujese á abandonar sus ideas para seguir estrictamente la voluntad de su padre.

— Si eso llegára á realizarse, aun podria esperar un porvenir halagüeño. Anda, no perdamos tiempo, mira si está Eduardo en su gabinete.

— Voy, señor.

Desapareció el buen anciano y permaneciendo solo el duque en su despacho, abismóse en graves meditaciones.

— ¡Ambicionan la suerte de los ricos! — decia. — ¡Envidian la grandeza y los títulos de los nobles! Aspira el hombre á una posicion brillante, busca la felicidad en ella; pero esta misma posicion engendra compromisos á los cuales no se puede faltar sin amancillar el decoro. Créese generalmente que la felicidad surge del oro y los honores. ¡Qué error! El oro no sacia nunca el afan del codicioso, *cuyo amor al dinero crece cuanto mas crecen sus tesoros, así como el hidrópico tiene mas sed cuanto mas bebe.* Los honores acrecen la ambicion.... y jamás se llega á ese templo de la felicidad, templo fantástico, creacion ilusoria que solo sirve para halagar esperanzas que de improviso desaparecen como el humo. ¡Cuántos en Madrid envidiarán mi suerte! Mi nobleza es antiquísima, mi riqueza inmensa.... Poseo un magnífico palacio y varias quintas con deliciosos jardines. El mismo soberano me dispensa singular cariño. Véome rodeado de fausto y grandeza. Mis briosos corceles y elegantes carrozas pueden competir con los trenes lujosos del régio alcázar, y en medio de esta suntuosidad deslumbradora vierto lágrimas de amargura!.... ¡Feliz el que vive satisfecho de su humilde fortuna, en el oscuro rincon donde le ha colocado el destino! ¡Yo, duque de la Azucena,

grande de España , título de Castilla.... tengo que sufrir las reconvenciones de un pobre viejo.... de un humilde criado !.... Parece que por respeto á mi dignidad no debiera consentir en un plebeyo semejante audacia; pero este plebeyo ha salvado mil veces mi honor con sus prudentes consejos. Ahora mismo debo á su discrecion el haber evitado un escándalo inaudito. ¡ Qué insensato soy ! ¡ Arrojar de este palacio á mi propio hijo ! ¡ Maldecirle !.... Dice bien Ambrosio, esto solo puede hacerlo un padre sin corazon. Bien sabe Dios cuán sincero es mi arrepentimiento. He sido un mónstruo , es verdad ; pero tambien Eduardo se goza en atormentarme. Tambien Eduardo ha sido muy cruel para conmigo. ¡ Valgame Dios ! todos mis proyectos han fracasado, todas mis bellas ilusiones, todas mis esperanzas de felicidad se han desvanecido para siempre. ¿ Será cierto que Elisa ame al conde del Llano ? ¡ Y lo dudo ! ¿ No presencié yo mismo anoche sus reciprocas miradas ? ¿ No sorprendí en sus lábios aquella dulce sonrisa que es siempre un destello de amor ? Y la carta que el conde ha dejado en poder de Eduardo.... esa carta que me ha desgarrado el alma, y que en mi ciego frenesí queria yo que fuese apócrifa.... ¡ Dios mio ! esa carta fatal justifica el ódio que Eduardo profesa á la marquesita, y hace de todo punto imposible su enlace. Por mas que este cruel incidente destruya para siempre los dorados ensueños de mi fantasia, prueba que Eduardo no es culpable. Es preciso confesar que al irritarme como un furioso porque me ha dicho que Elisa no es digna de su amor , he andado indiscreto y tirano en demasia ; pero si en esto es Eduardo inocente , no lo es en haberse dejado fascinar por los encantos de una jóven de humilde nacimiento. Yo no debo permitir que por ningun estilo se degrade mi nobleza. Dice bien Ambrosio, lo que no logra el rigor puede alcanzarlo tal vez la dulzura. Daré á mi hijo el ejemplo de generosidad. Obraré cual amoroso padre.... procuraré traerle á la razon con saludables consejos.... Tal vez de este modo podré salvarle del abismo que veo abierto ante sus pasos. Pero él se acerca — dijo el duque oyendo rumor de pisadas , y levantóse para recibir afectuosamente á su querido hijo.

El anciano Ambrosio regresaba solo y desconsolado.

— ¡ Ambrosio ! — dijo con zozobra el duque.

Ambrosio guardaba silencio.

— ¡ Ambrosio ! — gritó con mayor ansiedad el duque.

Y el anciano sirviente no podia contestar.

—¿Que es esto?

Un profundo suspiro fué esta vez la respuesta del honrado viejo.

—Por Dios, Ambrosio, sácame de mi penosa inquietud.

—¡Señor!

—¿Qué te ha dicho Eduardo?

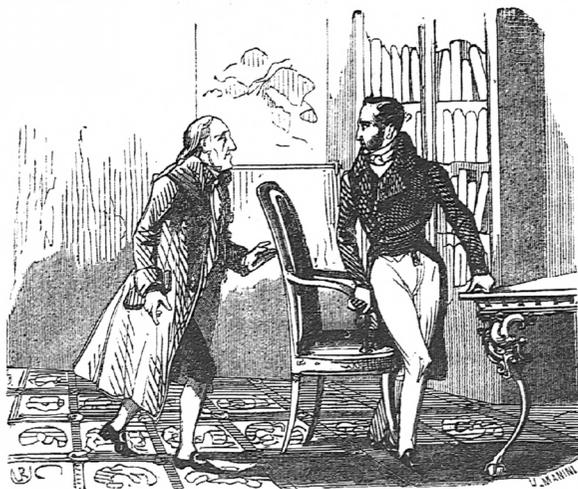
—Don Eduardo.....

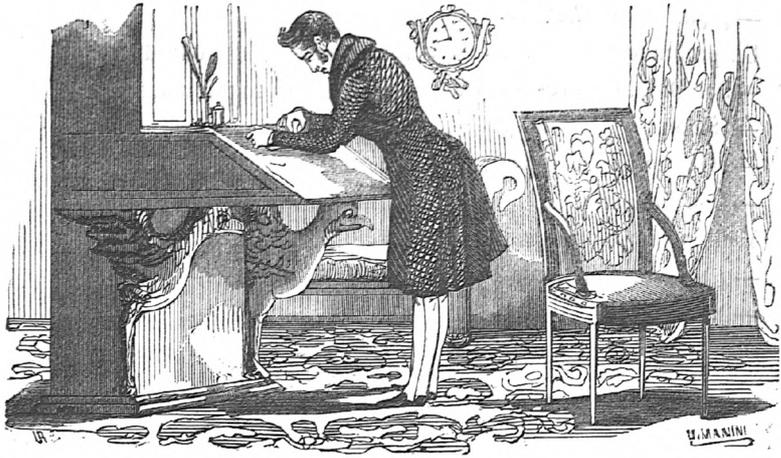
Y el pobre viejo no pudo proseguir.

—¿No está ya en casa?

—No señor.

Don Eduardo habia desaparecido del hogar paterno.





CAPITULO XVII.

LA CONFERENCIA INTERRUMPIDA.

¿Quién espera en amor, si aborrecible
 Su bien y su mal es, en su mudanza,
 Y cuanto mas halaga mas terrible?
 Si pudiese perderse la esperanza,
 ¡Oh cuán breve sería el ciego engaño
 Que nace de amorosa confianza!
 HERRERA.

Después de la terrible escena de la maldición, retiróse precipitadamente don Eduardo á su despacho, dobló la carta que poco antes habia escrito para Enriqueta, y profundamente afectado se dirigió á la habitacion de la *Bruja*. Esta, que le aguardaba con impaciencia, y que en vista de su tardanza empezaba á recelar si le habria sucedido algun contratiempo, no pudo menos de exclamar al verle:

— ¡Gracias á Dios!

— Sin duda he tardado mas de lo que usted esperaba — repuso el duquecito.

— Como que ya me temia algun acontecimiento desagradable. Me habia

usted prometido volver al cabo de algunos instantes y se han pasado dos horas.... dos horas de tormento para mí.

— ¿Por qué razón?

— Porque siempre que viene usted mas tarde de lo que me promete, estoy con la misma ansiedad, y me sobrecoge una angustia que no puedo mitigar. Siempre recelo infortunios. Estoy cierta que si supiera usted lo que padezco en semejantes casos, observaria mayor puntualidad en sus visitas.

— Esa inquietud es infundada. Bien puede usted figurarse, que cuando no vengo á la hora de costumbre, es porque puede haber mil motivos, que aunque insignificantes, le suelen entretener á uno.

— Sin duda estará la carta muy bien escrita.... muy fina y apasionada— prosiguió la *Bruja* sonriéndose.

— A lo menos hay sinceridad en su contenido — respondió don Eduardo; — pero ¿por qué me hace usted esa observacion?

— Porque ha tenido usted el tiempo suficiente para meditar bien lo que iba á escribir.

— ¿Sigue usted reprendiéndome por mi tardanza?

— ¿Yo?.... ¡pobre de mí!.... no tengo autoridad para tanto.... Una miserable á quien ha sacado usted de la indigencia.... ni siquiera tiene derecho á proferir la mas leve queja.

— Pues qué, ¿he podido agraviar á usted en algo?

— Agraviarme no; pero me hace usted padecer siempre que me retarda sus visitas.

— Tambien tengo yo las mias, y precisamente cuando concluia mi carta se me ha presentado un amigo impertinente....

— Que le ha entretenido á usted dos horas.

— Sea usted indulgente, Inés.... la carta está ya aquí, — y mirando su reloj añadió don Eduardo: — son poco mas de las once, hora muy á propósito para llevarla á Enriqueta, ya que tan bondadosa se ha prestado usted á hacerme este inolvidable obsequio.

— Con la mayor complacencia. Está usted tan enamorado, que faltaria yo á mi deber si en esta ocasion no correspondiera dignamente á los beneficios que usted me prodiga. Seria una lástima que Enriqueta fuese insensible á tanto amor.

— Nada respondió el duquecito á la última exclamacion de la *Bruja*, por-

que en aquel momento acababa de invadir con mayor violencia su fantasía el horrible pensamiento de la maldición de su padre.

— Está usted pensativo — continuó la *Bruja*.

— ¿Me preguntaba usted algo? — repuso maquinalmente el desdichado jóven.

— Hablamos de Enriqueta — dijo la *Bruja* sumamente alarmada por la indiferencia con que escuchaba don Eduardo su conversacion.

— De Enriqueta.... ¡ah!.... sí, es verdad.... Aquí tiene usted la carta.... Ahora ya nadie se opondrá á mis deseos....

Al pronunciar estas palabras asomó á los descoloridos lábios de don Eduardo una siniestra sonrisa.

— ¿Qué dice usted, señorito?

— Ahora no servirá de obstáculo la diferencia de categorías, y su padre no tendrá dificultad en admitir por esposo de su hija á un pobre artesano.

— No le entiendo á usted — exclamó cada vez mas aturdida la *Bruja*.

— Soy jóven.... puedo dedicarme á un oficio honroso....

— ¡Usted dedicarse á un oficio!

— Sí, amiga mia.... ¿Cree usted que me faltará disposicion para ello?

— Pero ¿cómo ha de consentir su padre de usted?....

— No tengo padre — replicó en tono grave y misterioso el duquecito.

— ¡No tiene usted padre!

— No, Inés.... El que llevaba este cariñoso título.... no es ya mi padre... soy un pobre huérfano..... errante y desamparado.

— ¡Dios mio!

— Un pobre huérfano arrojado del palacio del duque de la Azucena.

— Acabe usted por Dios de explicarme ese horrible misterio.

— Se me ha lanzado ignominiosamente del hogar paterno.

— Pero el duque....

— Me abandona para siempre.

— ¿Por qué razon? — exclamó indignada la *Bruja*.

— Porque soy hijo del crimen.... ¡Me ha maldecido!

— ¿A usted?! ¡Su propio padre?!!

— Sí, buena Inés.... ¡estoy maldito de Dios y de mi padre!!! — exclamó llorando el infortunado jóven.

— ¡Oh escándalo inaudito!.... pero no, no es posible.... Dios no puede

permitir tan espantoso desafuero.... — gritó la *Bruja* con ademanes de loca, y quedóse de repente inmóvil con la vista clavada en el suelo como avasallada por graves meditaciones.

— ¡Dios mio! ¿En qué te ha ofendido este infeliz? — balbuceó tristemente don Eduardo.

— Eduardo.... Eduardo.... — dijo pausadamente la *Bruja*, acompañando sus siniestras expresiones con aquella sonrisa indefinible que da aterradora expresión al pálido rostro de un demente. — Eduardo.... dicen que Dios es justo.... Dios es vengativo.... porque tú, Eduardo.... eres inocente. Dios no debiera hacerte espiar el crimen de tus padres.

— ¡Señora! — exclamó horrorizado el pobre jóven al contemplar el demudado rostro de la *Bruja* y sus frenéticos ademanes.

— Yo no quiero que tú padezcas, Eduardo.... porque tú no has sido cómplice.... Escucha.... — y con acento casi imperceptible murmuró: — tus padres.... solo tus padres ofendieron á Dios.

— Mi madre era tambien inocente.... Fué seducida.

— ¡Tu madre!.... ¿Dónde está tu madre?

— En el cielo, señora. Ha recibido el galardón que el Ser Supremo concede á la virtud.

— ¿Qué es esto? — dijo la *Bruja* pasándose por la frente su única mano: — ¡Qué confusión de pensamientos! ¿Es usted don Eduardo? ¿Qué decía usted?... Mi juicio está enteramente trastornado... me es imposible coordinar las ideas... Ya me acuerdo... Decía usted que ha sido arrojado del palacio del duque... y maldecido por su propio padre!!!

La *Bruja* quedóse largo rato pensativa, y don Eduardo que la contemplaba con estupor, rompió el silencio de este modo:

— Siento haber dado á usted tan mal rato con la narración de mi última desgracia.

— En efecto, don Eduardo — repuso la *Bruja* con aparente sosiego, como si se esforzara por desechar los recuerdos de una pesadilla, — es una verdadera desgracia lo que le acaba de suceder; pero debe usted procurar hacerse superior á ella. Comprendo cuán profunda debe ser la herida que ha recibido su corazón de usted, cuando su mero relato me ha trastornado de una manera cruel; pero es indispensable, señorito, que no nos abandonemos á la desesperación.

—Ya no me queda mas que una esperanza en el mundo... el amor de Enriqueta.

—¡Qué pronuncia usted, incauto jóven!

—Si Enriqueta me ama... Si sus padres me la conceden por esposa... aun puedo ser feliz. ¿Qué falta me hacen á mí el oro, los títulos y vanas pompas de un palacio? El amor de mi amada y la bendicion de sus padres... nada mas necesito para ser dichoso.

—Para ser usted dichoso, don Eduardo, es indispensable que hoy mismo, antes de que estalle el escándalo, se reconcilie usted con su padre.

—Es imposible.

—Entonces no espere usted felicidad en el mundo. No puede haberla para el hijo que á todas horas y en todas partes oye resonar el eco aterrador de maldicion. A la maldicion de un padre desata el infierno todas sus furias contra el hijo que la ha merecido... El anatema se cumple, y una série no interrumpida de espantosos infortunios, constituye la penosa existencia del hombre maldito. En vano se afana en pos de su dicha, cada ilusion que crea su fantasia se transforma en horrible desengaño, cada esperanza que alienata se convierte en desventura, cada goce destella mil sinsabores, cada placer es un preludio de sangrientas catástrofes. El hijo maldito de su padre busca en vano una modesta posicion social, ni siquiera el trabajo indispensable para atender á su parca subsistencia se le concede. A todos repugna, todos huyen de él como de un repugnante leproso, nadie se apiada de sus dolencias, y allí donde se lisonjea de hallar tiernos amores, encuentra el frio desden ó el insolente sarcasmo. No, don Eduardo, no hay felicidad posible para el hijo maldito de su padre.

— Cuando un hijo tiene la conciencia tranquila, no deben arredrarle las imprecaciones de un padre injusto. No habiendo provocado su anatema, no debo temer las consecuencias desastrosas que usted me augura. Aunque he perdido hoy el afecto consolador del autor de mis dias, no me juzgaré huérfano, Inés. El padre de Enriqueta será mi padre tambien, y el amor de tan encantadora criatura verterá un bálsamo prodigioso sobre las úlceras de mi corazon. Sí, amiga mía, aun espero ser feliz, y á usted deberé en gran parte este consuelo. Yo no quiero presentarme á Enriqueta sin alcanzar antes el permiso de su padre. No perdamos tiempo, usted me ha prometido llevar esta carta á la adorable niña...

—Así es la verdad, don Eduardo, y no tengo inconveniente en cumplir á usted mi promesa ahora mismo.

—¡Qué buena es usted!

—Soy agradecida y nada mas.

La *Bruja* recibió una carta sin sobre de manos del duquecito.

—Puede usted leerla—dijo don Eduardo, y ver si está arreglada á los consejos que usted me dió.

—¿No le dice usted lo de la maldicion?

—Me parece prudente mandársela tal como la tenia escrita antes de tan deplorable ocurrencia. Lo mas urgente es cerciorarme de si Enriqueta me ama, y á esto se reduce el contenido.

—¿Y si de este paso resulta un amargo desengaño para usted?

—Si Enriqueta no me ama.... ¡Ay! entonces daré crédito á los terribles vaticinios que acaba usted de hacerme.

—Y en tal caso ¿no pensaria usted en la manera de conjurarlos?

—No hay medio alguno.

—Tal vez si. Cuando una mujer es infiel... ¡es tan sabrosa la venganza!

¿Dejaria usted impune á Enriqueta, si después de haberle jurado amor, faltára á su juramento?

—La venganza es una pasion ruin.

—A veces es un acto de justicia... una accion heróica. ¿Quiere usted escuchar mis consejos?

—Sabe usted por esperiencia que rara vez ó acaso nunca he dejado de seguirlos.

—Si por medio de esta carta descubre usted que Enriqueta no le ama, que las miras de sus padres se reducian á fascinar á usted para mejorar ellos de posicion, si en la conducta de toda esa familia que tantas bondades ha prodigado á usted, no hubiera habido mas que falsía, é intenciones de un egoismo refinado, ¿qué piensa usted hacer?

—Lo que usted supone está muy lejos de ocurrir.

—Está en lo posible, y debe usted preverlo todo. En tal caso, señorito, fuera dar una alegría completa á gentes villanas, perdiendo por ellas el cariño de su padre y la envidiable proporcion de un casamiento brillante.

—¡Y qué!

—Tuviera poca gracia que se rieran ellos de la candidez de usted.